

Transformaciones mediáticas y comunicacionales en la era posdigital

Coordinadores:

Jorge Alberto Hidalgo Toledo

Salvador De León Vázquez

Elvira Hernández Carballido

Dorismilda Flores Márquez

Rodrigo Gómez García

Jorge Enrique Bravo Torres Coto

David González Hernández

Ernesto Pablo Juárez Meléndez

Raúl Fuentes Navarro

Francisco Hernández Lomelí

Susana Espinosa

María A. Gabino Campos

Edith Cortés Romero, José Samuel

Martínez López

Vicente Castellanos Cerda

Inés Cornejo Portugal

Prólogo: Salvador De León Vázquez

Transformaciones mediáticas y comunicacionales en la era posdigital

Jorge Alberto Hidalgo Toledo
Salvador De León Vázquez
Elvira Hernández Carballido
Dorismilda Flores Márquez
Rodrigo Gómez García
Jorge Enrique Bravo Torres Coto
David González Hernández
Ernesto Pablo Juárez Meléndez
Raúl Fuentes Navarro
Francisco Hernández Lomelí
Susana Espinosa
María A. Gabino Campos
Edith Cortés Romero
José Samuel Martínez López
Vicente Castellanos Cerda
Inés Cornejo Portugal
Coordinadores

Salvador De León Vázquez
Prólogo

Hidalgo Toledo, J. H., De León Vázquez, S., Hernández Carballido, E., Flores Márquez, D., Gómez García, R., Bravo Torres Coto, J. E., González Hernández, D., Juárez Meléndez, E. P., Fuentes Navarro, R., Hernández Lomelí, F., Espinosa, S., Gabino Campos, M. A., Cortés Romero, E., Martínez López, J. S., Castellanos Cerda, V., & Cornejo Portugal, I. (Coords.). (2021). Transformaciones mediáticas y comunicacionales en la era posdigital (1a ed.). Ria Editorial.

740 p.

Livro digital, PDF.

Arquivo Digital: download e online
Modo de acesso: www.riaeditorial.com
ISBN 978-989-8971-42-5

Prólogo Salvador De León Vázquez

1. Comunicación. 2. Mediático. 3. Posdigital. I. Título.

Copyright das imagens pertencem aos seus respectivos autores.

© Design de Capa: Denis Renó

Diagramação: Luciana Renó

© Ria Editorial
Aveiro, Portugal
riaeditora@gmail.com
<http://www.riaeditorial.com>



Licença:

: Atribuição - Não Comercial - Sem Obras Derivadas 4.0 Internacional

: Você é livre para:

- Copiar, distribuir, exibir, e executar a obra

Baixo as seguintes condições:

- Atribuição. Você deve atribuir a obra na forma especificada pelo autor ou o licenciante.

- Não Comercial. Você não pode usar esta obra com fins comerciais.

- Sem Obras Derivadas. Você não pode alterar, transformar ou criar sobre esta obra.

<https://creativecommons.org/licenses/?lang=pt>

EPISODIOS DE REPORTERO POR LA SENSIBILIZACIÓN DE UNA REDACCIÓN ENFOQUE: AUTOETNOGRAFÍA

Juan Ramón Piña-De la Fuente¹

En las ciencias sociales resulta imposible hablar de un solo paradigma para toda la comunidad científica, porque existen tres que han predominado en esta área: el positivismo, el neopositivismo-pospositivismo y el interpretativismo (Batthyany & Cabrera, 2011).

Estos paradigmas, subrayan estos autores, se diferencian por tres niveles de supuestos básicos de la construcción de conocimiento científico: los ontológicos, que representan el qué y cómo de la realidad que se estudia; los epistemológicos, que van hacia el conocimiento científico que se puede construir y que señala la relación del científico con el objeto a estudiar; y los metodológicos, que nos llevan al cómo de la construcción de ese conocimiento.

Batthyany y Cabrera (2011) recalcan que el positivismo surgió como una forma de legitimar el estudio científico naturalista del ser humano, sea individual o colectivo, aclarando que la necesidad de estudiar científicamente al individuo surge en la Revolución francesa (1789-1799), cuando sociedad y personas son tratados como objetos.

1. Universidad Autónoma de Nuevo León. Facultad de Ciencias de la Comunicación.
juan.pinadlf@uanl.edu.mx

En su estudio, los autores reafirman que en aquel siglo XIX se hizo necesario el estudio de la realidad de la sociedad con los mismos métodos que se utilizaban en las ciencias naturales. Blanco (2012) da fe de la etiqueta con que se identificaba al positivismo y sus “derivados”, que eran criticados ferozmente, pero que finalmente abrió la puerta a aproximaciones más interpretativas.

En el paradigma interpretativista, de acuerdo a Batthyany y Cabrera (2011) la realidad social no debe explicarse, sino comprenderse, y tener un protagonismo central del investigador para entender la realidad social y la forma de conocerla.

ENFOQUES CUANTITATIVO Y CUALITATIVO

Hernández-Sampieri et al. (2014) sostienen que los proyectos de investigación pueden iniciarse con ideas que ayuden a resolver problemas, que aporten conocimientos, generen interrogantes, y que, ante todo, sean novedosos, alentadores, emocionantes e inspiradores.

Samuel-Lajeunesse (2007) opina que los estudios sociales de la ciencia y de la tecnología contribuyen a esclarecer las simulaciones a las que se acerca el método científico, sobre todo en las llamadas ciencias “duras”.

Propone ir a la búsqueda de nuevas formas literarias que cuestionen los efectos de poder habituales, sin perder de vista el objetivo final de la producción de conocimiento, que es la reflexión de la sociedad sobre sí misma.

Recuerda que los métodos cualitativos surgen en Alemania en el siglo XIX, pero que fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial, bajo ese entorno de recelo frente al paradigma científico y sus promesas

de bienestar y libertad social, que inician las discrepancias metodológicas entre lo cualitativo y lo cuantitativo.

Planteamiento Cualitativo

Denzin (2017) dice que los sociólogos de las generaciones que sucedieron a las primeras de estas se alejaron de los métodos cuantitativos. Sostiene que ellos prestaban mayor atención a problemas de medición, validación, confiabilidad, respuestas de actitud, metodología de encuestas, experimentos de laboratorio, teorías de desarrollo e indicadores conceptuales.

Entonces, sugiere el mismo teórico, se daban combinaciones de métodos cualitativos biográficos con historias de vida: el resultado, que seguido se presentaba bajo un enfoque mixto, era “una trivialización y distorsión de los contenidos originales del método”.

Él mismo señala que entre 1970 y 1980, sociólogos y académicos de diversas disciplinas mostraron gran interés en el método biográfico, surgiendo, en 1978, el grupo de Biografía y Sociología dentro de la Asociación Internacional de Sociología.

En las últimas décadas, añade el autor, hubo mucho interés por los métodos interpretativos en el estudio de la cultura, la biografía y de la vida terrenal. Y todo porque se argumentó que las sociedades, culturas y expresiones humanas podían ser leídas como textos sociales.

La producción científica de esa misma década que señala Denzin recibió el nombre de “blurred genres” (“géneros borrosos”) (Blanco, 2012). Para esta autora ese hecho fue el nacimiento del “rasgo distintivo” que da denominación a esta corriente, porque entonces la frontera entre las

disciplinas sociales y las humanidades se habían vuelto indefinidas o “borrosas”; se traslapaban.

Para afianzar esta postura la autora recuerda que Geertz, entre 1973 y 1983, y Denzin y Lincoln en 2003, argumentaban que el enfoque de lo funcional, positivista, conductista y el total acercamiento a las ciencias humanas, estaban abriéndose a un panorama más plural, interpretativo y abierto.

Se ubica el año 1986 como muy significativo para la investigación cualitativa, porque a partir de la publicación del libro *Writing Culture*, de James Clifford y George Marcus, fue que se tiene como punto de inflexión el antes y después en este campo de estudios.

Denzin y Lincoln (2003), citados en Blanco, externan que, de esta forma, la crisis de representación llevó a la investigación cualitativa hacia nuevas y cruciales direcciones. Ese periodo, agrega la investigadora, fue el inicio de la etnografía como forma de proyecto literario.

El Género Narrativo

Como género literario, la narrativa plasma una cadena de hechos que se le presentan a un individuo, a un grupo de personas o a toda una sociedad. Bolívar y Domingo (2006) sostienen que la narrativa no es la única forma de organizar o contar experiencias, pero sí es una forma penetrante y significativa de hacerlo.

La narrativa, subrayan, es un género “notable” para describir las generalidades de la vida diaria, aún en los entornos especializados. Indican que la historia de vida y la investigación narrativa constituyen un campo de investigación que, día a día, adquieren relevancia mayor, considerándoseles un punto de encuentro y de intersección para varias ciencias sociales.

Estos autores enlistan ciencias y campos que derivan de estos tipos de investigación, ya que “incluyen elementos derivados de la teoría lingüística/literaria, historia (oral y de vida), antropología (narrativa), psicología (ciclos de vida, psicología moral, psicología narrativa), la filosofía hermenéutica, etc.”.

En una clasificación de postulados que catalogan “básicos” en el enfoque biográfico-narrativo, Bolívar y Domingo (2006) acotan: “las percepciones de la práctica y el conocimiento práctico, experiencial y de vida son difícilmente perceptibles y transmitidos de otro modo”.

Refuerzan que, con la investigación narrativa, se representan dimensiones de la práctica que la investigación formal deja fuera, sin contar situaciones relevantes como sentimientos, propósitos o deseos: “con ello se resalta el valor de la experiencia y el saber acumulado”.

Bruner (1996) sentencia que “el objeto de la narrativa son las vicisitudes de las intenciones humanas, y puesto que hay millares de intenciones e infinitas maneras de que entren en conflicto, debería haber infinita clase de relatos”.

Al asociar la narrativa en la educación, señala que todos “somos fabricantes de historias” y que recurrimos a la narración para dar sentido a la vida, “para comprender lo extraño de nuestra condición humana”.

Para Jackson (1998, p. 33 como citado en Caamaño, 2012, p. 6) las “historias producen estados de conciencia alterados, nuevas perspectivas y opiniones diferentes”, lo que ayuda a crear nuevos intereses: “alegran y entristecen, inspiran e instruyen”.

Denzin (2017) sostiene que las últimas décadas han visto resurgir el interés por los métodos interpretativos en el estudio de la cultura, biografía y vida humana grupal. Ligado a esta visión ha estado el argumento de

que las sociedades, culturas, y expresiones de la experiencia humana pueden ser leídas como texto social.

Para Ellis et al. (2015), “contar” es una estrategia de escritura que desarrolla el “mostrar”, propiciando que el lector se coloque a cierta distancia de los sucesos descritos para que reflexione sobre ellos en forma más abstracta.

Autoetnografía

Ellis et al. (2015) establecen que la autoetnografía es un enfoque de investigación y escritura que busca describir y analizar sistemáticamente (grafía) la experiencia personal (auto) con el fin de comprender la experiencia cultural (etno).

Esta conceptualización desafía formas de hacer investigación y de representar a los otros. Al mismo tiempo considera la investigación como un acto político, socialmente justo y socialmente consciente (Spry, 2001, citado en Ellis et al., 2015).

Blanco (2012) sugiere que la autoetnografía encontró sus antecedentes, como fue con la etnografía, en la antropología tradicional, positivista y de “rasgos colonialistas”, que hasta el término de la Segunda Guerra Mundial se preocupó esencialmente por el estudio del “otro”, el extraño, primitivo o extranjero, de acuerdo a la perspectiva colonialista.

La autora recuerda que, a finales de los 70, ya empezaba a hablarse de la autoetnografía. Señala que D. Hayano, en “*Auto-ethnography: Paradigms, problems, and prospects*”, publicado en 1979, fue el primer científico que habría usado el término con ese sentido.

Sin embargo, dice Blanco (2012), fue hasta los 80 cuando con claridad se fincaron los antecedentes de lo que se entiende como autoetnografía,

aplicándose al estudio de grupos sociales que el investigador creía que se asemejaban a él mismo, a su mismo estatus social, género, raza u ocupación laboral, entre otras posibles variables.

En los 90, asienta la investigadora, existe una contundente transformación en las metodologías y en el reporte de resultados: las investigaciones sociales empiezan a incorporar, más conscientemente, elementos de la literatura. Entonces aparecen tres de los connotados promotores de la autoetnografía como técnica y género académico: Carolyn Ellis, Arthur Bonner y Laurel Richardson.

En esa década se amplió el alcance para aceptar los relatos personales y autobiográficos, como las experiencias del etnógrafo como investigador de manera separada o combinada, situados en un contexto social y cultural (Blanco, 2012, citada en Garbero, 2015).

Bochner (1994) citado en Ellis et al., comenta que, gradualmente, los científicos de muchos campos se plantearon en qué se convertirían las ciencias sociales si estuvieran más cerca de la literatura que la física, si propusieran historias en vez de teorías o si estas estuvieran conscientemente centradas en valores, antes que pretender estar libres de ellos.

Muchos de esos científicos, asegura Bochner, cambiaron a la autoetnografía, porque buscaban una respuesta favorable a las críticas de las ideas “canónicas” acerca de qué es y de cómo debería hacerse investigación.

Se especializaron en producir una investigación significativa, accesible y evocativa, basada en la experiencia personal, de sensibilización para los lectores con cuestiones de identidad política, sucesos silenciados y formas de representación que profundizaran en la capacidad de empatizar con la gente.

Martos-García y Devís-Devís (2017) aducen que la autoetnografía no busca generalizar resultados ni experiencias a otros contextos en la forma científica convencional, porque cada historia y proceso es único y vierte “circunstancias, emociones, sentimientos y motivaciones particulares” que posee la investigación.

Sí permite, expresan los autores, identificar elementos o provocar reflexiones en el lector que conecten con su propio entorno académico o de investigador.

La escritura del relato supone un trabajo de reflexión retrasado en el tiempo, ya que no se ejecuta en tiempo real. Además, la forma de redactarlo no pretende justificar las decisiones tomadas entonces que, lógicamente, son discutibles (Martos-García & Devís-Devís, 2017).

La Autoetnografía como Narración

Garbero (2015) menciona que la autoetnografía exige una escritura que empatice y comprometa. Además, señala, se narra en primera persona, bajo exposición a la subjetividad, consciente del comentario propio y de la posición en que se está, y admitiendo responsabilidad por lo que se narra.

Ellis et al. (2015) señalan que la autoetnografía es a la vez proceso y producto, y que, cuando un investigador escribe una autoetnografía, está buscando producir una descripción densa, estética e invocadora de la experiencia personal e interpersonal.

Así, agrega este grupo investigador, el autoetnógrafo no solo busca que la experiencia personal sea significativa y comprometida con la práctica cultural, sino que, al crear textos accesibles, él pueda ser capaz de penetrar un público más amplio y diverso al que la investigación

tradicional, por lo general, no tiene en cuenta; se trata de un movimiento que puede posibilitar el cambio personal y social a más personas.

Después de revisar estos fundamentos estoy convencido que en las escuetas historias que narro cubro muchos conceptos sugeridos por investigadores y teóricos; solo será cuestión de adentrarse en este texto.

Creo también que apruebo varios de los conceptos válidos para enjuiciar un texto de este género, como los “elementos útiles” para evaluar una autoetnografía, de Richardson (2000, citado en Samuel-Lajeunesse, 2007):

- Contribución substantiva: el trabajo ayuda a la comprensión de la vida social; utiliza la perspectiva de la ciencia social.
- Mérito estético: la experiencia de la lectura es suficientemente satisfactoria, no es aburrida, las descripciones son vividas, invita a seguir leyendo.
- Reflexividad: el autor revela ser consciente del propio punto de vista y la propia posición. En la narración se incluyen los procesos de decisión, de producción de datos y de la subjetividad del autor. Aparecen cuestiones ético-políticas.
- Impacto: el texto llega emocional e intelectualmente. Provoca nuevas preguntas, impulsa a escribir, a actuar, a investigar más...
- Realismo: parece plausible, verosímil. Se preocupa por generar la sensación de que se está leyendo una experiencia vivida.

Contrastes del Género

Credibilidad

Samuel-Lajeunesse (2007) dice que, en la autoetnografía, contenido y forma están unidos consistentemente, y que el narrador no puede escribir en forma cualquiera un artículo científico; es decir, no puede

ausentarse de la forma literaria que tiene asignada, ya que, si esto sucede, asume ciertos riesgos, entre ellos la pérdida de credibilidad; tan solo para empezar.

Una falta de esas pondrá en juego todo el contenido y puede hacer pensar que, precisamente, el rasgo científico reposa más en la forma que en el contenido, por lo que es de sumo cuidado adscribirse de forma correcta al género adecuado.

Confiabilidad y Generalización

En cuanto a la confiabilidad, Ellis et al. (2015) sostienen que no resultan pertinentes los criterios utilizados por las metodologías cuantitativas, como los test-retests y test paralelos, entre otros.

La fiabilidad se sustituye por criterios relativos a la dependabilidad del contexto a través de variaciones en las formas de interrogar, observar y de recolectar datos.

Ellis et al. (2015) declaran que validez interna y ecológica, y confiabilidad, son la base que asegura una relativa objetividad en torno a los datos científicos sustraídos por el método experimental.

Recuerdan que, haber llevado el método científico al estudio de los hechos sociales, supuso toda una problemática por el hecho de tratarse de las ciencias sociales, en las que es difícil aislar y controlar variables intervinientes, como también manipular variables en general.

Aseguran que los autoetnógrafos valoran la verdad narrativa en función de cómo se utiliza una historia, cómo se entiende y cómo es recibida por la comunidad científica y otros escritores, participantes y audiencias.

Ellos mismos consideran que, para los autoetnógrafos, validez significa que un trabajo busca la verdad, reviviendo en los lectores la impresión de que la experiencia descrita es realista, creíble y posible, la percepción de que, lo que se ha representado, podría ser verdad.

Ellis et al. (2015) denotan que la autoetnografía es uno de los enfoques que reconoce y da lugar a la subjetividad, emoción y a la influencia del investigador en su trabajo, en lugar de guardar estas cuestiones o de pretender que no existen.

Al mismo tiempo, agregan autores, los científicos comenzaron por aceptar que las personas tienen diferentes supuestos sobre el mundo: infinidad de formas de hablar, escribir, valorar y creer y, sobre todo, que las formas convencionales de crear y razonar la investigación pueden ser estrechas, limitadas y acotadas.

Mencionan a 21 autores para establecer que las diferencias pueden deberse a la raza, género, sexualidad, edad, discapacidad, clase social, educación y religión.

Validez

Samuel-Lajeunesse (2007) indica que, con sentido común, no existe ningún standard para medir la validez de una autoetnografía, lo que no implica que no sea válida, sino que debe medirse con otros criterios, los que podrían proceder del diálogo con el autor o con una discusión argumentada.

Sostiene que tampoco existe una realidad previa a la narración con qué contrastarla; cualquier sentido de la experiencia prenarrativa se constituye en su expresión narrativa, que no lo hace diferente a ningún

descubrimiento científico cuyo valor nunca se discute en base a su ajuste con la realidad, si no a su ajuste con las teorías vigentes.

Así, la validez de una autoetnografía proviene de su capacidad para evocar el sentimiento de la experiencia narrada, que es plausible, que lo contado es verdad.

Martos-García y Devís-Devís (2017) formulan que el muy mentado criterio de la validez se convierte, en la autoetnografía, en verdad o hecho al percibir la historia como real. La probabilidad de generalizar los conocimientos de cada historia depende de que esta evoque las propias experiencias de los lectores; que les sean familiares.

El muestreo es entonces abierto, y depende del desempeño en la aplicación de campo (Apud, 2013). Va emergiendo, agrega el autor, a medida que se avanza en la investigación, de acuerdo con normas intencionales y teóricas vinculadas no a variables sino a categorías conceptuales que se construyen en la medida en que estudian los campos semánticos del referente empírico.

Instrumento

En este trabajo el instrumento soy yo mismo, porque en la autoetnografía el papel del investigador se centra en la de “autor integrado”, ubicado en el centro de la investigación (Montero-Sieburth, 2006), citado en Boragnio.

O sea que el investigador es sujeto vivencial que no solo elige, recorta y construye el problema de estudio, sino que dispone de sus emociones, ideología y vida diaria ,mientras dure el proceso de indagación.

Boragnio (2016) recuerda que los sentimientos, creencias y emociones ya habían sido analizados por otros estudiosos como Becker,

en 2009, para acentuar la relación entre el investigador y su objeto de estudio, y para dejar en claro la importancia del investigador como un sujeto vivencial.

Boragnio (2016) expresa que, en la autoetnografía, la experiencia personal interviene expresamente en la producción de conocimiento, conformándose una espiral interpretativa, motivando al investigador a acercarse a las preguntas que él mismo elaboró, a la reflexión de su problema de investigación y de su comprensión como parte de lo social a comprender.

Entendemos entonces que los autores o investigadores escriben sobre su subjetividad, exponiendo su emoción y mostrando su participación e incidencia en el trabajo (Garbero, 2015). Ilustrar las facetas de la experiencia cultural y, de este modo, hacer que las características de una cultura sean familiares para propios (insiders) y extraños (outsiders)”, (Ellis et al. 2011, citado en Garbero, 2015).

PROPUESTA NARRATIVA

Este trabajo es un estudio autoetnográfico del tipo “narrativa personal”, que de acuerdo a Berry (2007), Goodall (2006), Poulos (2008) y Tillmann (2009), citados en Ellis et al. (2015), son historias de autores que se ven a sí mismos como el fenómeno y escriben narraciones evocadoras, específicamente centradas en su formación académica y vidas personales.

Ellis y su grupo explican que las narrativas personales sugieren entender al “sí mismo” o a algún aspecto de la vida, porque se entrecruza con el contexto cultural al tiempo que se conecta con otros participantes,

invitando además a los lectores a entrar en el universo del autor y a utilizar lo que aprende ahí para reflexionar, entender y contraponer a sus propias vidas.

Los episodios que narro tienen que ver sobre una mínima parte de la organización de la agenda de trabajo de la sección deportiva de la redacción de un diario local de Monterrey, México.

En ellos trato vivencias personales transcurridas en 22 años de labor reporteril que desarrollé en ese medio. Son hechos en los que observé falta de sensibilidad o de sentido común por parte de superiores que, con gran frecuencia, suelen minimizar la exigencia y condiciones de la reportería, aún y cuando puedan existir mejores formas de mandar y hasta una agenda de trabajo a la que se puede recurrir para conocer mejor las precisiones de las órdenes de trabajo del día.

PREÁMBULO

Los casos aquí contados tienen que ver con la talacha periodística en una redacción de deportes, originados entre 1991 y 2013.

El periódico involucrado se caracteriza, o se caracterizaba, por marcar agenda, por su manejo independiente, por su gran portafolio de anunciantes, por su capacidad tecnológica, y por su desmedido cuerpo de reporteros y corresponsales, tanto en el país como en el extranjero.

También lo distinguía el prestigio de muchos de sus editorialistas, su constante interés por cubrir los más importantes acontecimientos nacionales y mundiales, y su acierto en ofrecer con éxito otros productos editoriales en la localidad y fuera de ella.

Aclaro que en todos esos años tuve mis fuentes bien definidas, así como las que debía cubrir en descansos de compañeros. Y aunque tenía mis fuentes, cubrí todos los deportes aficionados y todo tipo de eventos, desde torneos de barrio hasta Campeonatos Mundiales y Juegos Olímpicos.

De las fuentes de deporte profesional, nunca incursioné en el fútbol, porque para ello existía un gran equipo que hasta estadígrafos incluía. Además, todos debíamos ser especialistas, por lo menos en nuestros deportes base, y el fútbol nunca fue de lo mío. Tampoco cubrí golf, deporte del que hasta hoy sigo sin pisar un campo.

De la empresa como tal no tengo quejas y reconozco que con el buen trato en sueldos y prestaciones que me retribuyeron pude cimentar un modesto patrimonio que me ha permitido vivir con dignidad, además de solventar, sin grandes preocupaciones, la cuestión económica.

El trabajo siempre fue muy exigente, porque había que cumplir con un código de ética, otro de vestimenta y un manual de estilo de redacción. Todo mal comportamiento que interfiriera con la imagen del medio podía ser sancionado hasta con el cese laboral; supe de varios casos de estos en mi área y en otras secciones.

No se piense que regía el autoritarismo. Al contrario, se trabajaba en amplia libertad editorial y solo en una ocasión, por intromisión de un burócrata de “peso”, información mía fue abruptamente sesgada. El tiempo me daría la razón.

Por supuesto que seguido se presentaban casos difíciles de atención a la agenda del día o de coberturas, considerando que los mandos inmediatos no estaban formados en el manejo de recursos humanos o en la administración.

En todo momento la consigna siempre fue llevar el mejor material informativo con el plus que lo diferenciara de los demás medios. Y así todos los días, semanas y años...

Episodio 1: Entrar un Día y Salir al Otro

Es noviembre del año de mi ingreso al diario; 1991. Si uno no tiene evento temprano la entrada a la Redacción es a las once de la mañana. Lo primero que hacemos es enterarnos de lo publicado por los otros diarios.

Después revisa uno su agenda, hace algunas llamadas y sale a reportear. Y aunque la empresa tiene comedor a precio subsidiado, comemos donde se pueda y a la hora que se pueda, porque después quién sabe si haya oportunidad de hacerlo con eso de que la noticia surge en cualquier instante y quizá no dé tregua.

A las cuatro de la tarde debo entregar un “budget”, que no es más que un avance de las propuestas de nota que he recabado en el día, más las que han estado esperando turno.

Mientras el editor, coeditor y auxiliares de edición jerarquizan la información y se la dividen, los reporteros hablamos un poco sobre lo que traemos, reacciones de las fuentes a material ya publicado y comentarios afines con el trabajo diario.

Al final de la jornada me llama la atención que, a pesar de que reporteros y editores acabamos nuestro trabajo, no nos retiramos de la redacción, sino que seguimos en ella... Platicamos, bromeamos, pero ya son las diez u once de la noche.

O sea, llevamos en promedio 12 horas en asuntos del diario y, sin embargo, esto no termina aquí, porque a alguien se le ocurre que

vayamos a cenar y, solidariamente agradecemos el gesto. Y allá vamos, en grupo, y claro, no todos...

Casi todas las grandes editoriales de diarios tienen como vecino a algún modesto restaurante que se vuelve trinchera ideal de reporteros, fotógrafos y editorialistas, y en un momento dado hasta punto de encuentro para atender a alguna fuente.

En este caso pasa lo mismo, puesto que no tenemos que caminar ni media cuadra y ya estamos en él. Es el Nuevo Brasil, de Moani Compean, antes fue El Cisne y de él se dice que hasta allí llegó el finado líder Fidel Castro a tomar café en sus andanzas por Monterrey, cuando recababa recursos para su Revolución Cubana.

Después de cenar, ¡de regreso al periódico! Aunque ya no subimos a la redacción, solo entramos a la caseta de vigilancia para recoger la edición del nuevo día del diario y de paso llevarnos también un ejemplar del periódico hermano, también de tiraje matutino.

Así sirve que revisamos, de un vistazo, nuestro material que haya podido publicarse. Ahora sí, cada quien a su destino.

Y así al otro día, casi la misma rutina con alguna variable que pueda hacer la diferencia, aunque hayamos cerrado el día a las cero horas o a la una de la mañana, de la mañana en que tendremos que regresar a laborar.

Pregunto que por qué tiene que ser así, por qué seguir ese ritmo innecesario y tan cansado. ¿Es una característica arraigada del periodismo “bohemio”? Mis compañeros no tienen respuesta y solo aducen a que así ha sido siempre en la redacción.

Yo no estoy de acuerdo. Yo Acepto trabajar más cuando sea necesario y por el tiempo que se requiera, pero cuando no existe ese momento qué necesidad de desgastarse de oquis.

Una noche, después de haber terminado mi trabajo, de haber entregado mis notas, fotos y tablas, me presento con el editor en jefe para solicitarle mi salida, porque es el único que la autoriza. Eran quizá las siete u ocho, cuando muy tarde...

Él, persona áspera, muy estricta y exigente, “terror” de toda la redacción y en la que convergían todas las secciones, voltea y fija su mirada en la mía: “¿cómo?, ¿ya te quieres ir?, ¿terminaste lo tuyo?, ¿checaste con el coeditor...? Si es así, adelante, nos vemos mañana”.

Pa'luego es tarde y que aplico una máxima del ciclismo: ¡fuga! Pues cómo no, si me queda un buen colchón de tiempo para aprovecharlo en asuntos personales. Y allá voy, ¡para afuera!

En los días posteriores procedo de la misma manera, pero soy el único que lo hace, siendo que soy el más nuevo.

Los reporteros más antiguos me cuestionan que porqué lo hago, que porqué me voy. Creen que tengo privilegios. Les explico que es porque ya no tengo más trabajo del día, que mi material lo entrego en tiempo y forma, y que prácticamente ya no tengo nada que hacer en la redacción. Lejos de molestarse les intriga cómo es que el editor en jefe, siendo tan duro, me permita salir temprano.

Ese ha sido el temor de muchos, no afrontar al jefe por una cuestión simple que solo tiene qué ver con la jornada de trabajo y la administración del tiempo. Nuestro tiempo.

Después, uno a uno fue probando mi práctica fórmula y con tal éxito que al paso de una semana la sección Deportes empezó a vaciarse a muy temprana hora. De esta forma los reporteros encontramos una ventana de tiempo para aprovecharla en fines más positivos, más humanos.

Episodio 2: La Agenda como Regla de Trabajo

Dos décadas después de haber ingresado yo al periódico muchas cosas han cambiado. Una de ellas es la integración de más editores, al grado de ser casi en la proporción de a uno por página, y eso que el formato ahora es tabloide para Deportes y la media de planas se mantiene en 16; el resto del diario sigue siendo en sábana grande.

Varios editores nunca fueron reporteros, otros lo fueron por muy poco tiempo y quienes ya llevan algunos años siéndolo están desconectados de la nueva dinámica de la reporteadada.

La mayoría de ellos se acogieron a la edición para evitar los trastornos normales de la vida cotidiana en una urbe como Monterrey y su área metropolitana. Como quiera ser editor amerita respeto, como todo, tiene sus atributos, limitaciones y bondades.

En teoría un horario fijo como el de editor es más cómodo. El trabajo se realiza en oficina y con clima artificial, tiene el comedor a muy cerca distancia y por suerte que, si las páginas de la edición son pocas y llenas de anuncios, no debe demandarle gran aplicación, quedándoles entonces tiempo hasta para salir al banco o para cubrir algún pendiente cercano al periódico.

“Encerrarse” en la edición provoca que el editor vaya perdiendo sentido con el periodismo de calle, que no alcance a dimensionar lo que realmente pasa afuera, a minimizar los requerimientos de equipamiento del reportero, de transporte, de la incómoda lucha con el tráfico vehicular y la falta de estacionamientos, del manejo del tiempo de desplazamiento para consultar fuentes o realizar coberturas de eventos,

o de complicaciones técnicas para moverse dentro de un evento como en el ciclismo de montaña o en el de ruta, que son muy demandantes.

Es el fin de semana que antecede a la Semana Santa y se organiza un festival de ciclismo de montaña de tres días, que tiene como sede el Parque La Huasteca con punto de reunión en la explanada principal. Como titular de la fuente me toca aplicarme a fondo.

El evento tiene gran participación. Llegan ciclistas de todo el país, porque aparte de las carreras individuales se lleva a una atractiva clasificación general, que cuenta con muy buena premiación en dinero efectivo.

Siempre he considerado que, cualquiera que sea la fuente a cubrir, el reportero asignado debe convertirla en indispensable para la sección y promover su permanente existencia en las páginas del diario, porque eso hará que uno siempre tenga tarea qué atender. En este estatus tengo yo al “mountain bike” en particular y a todo el ciclismo en general.

En esta región noreste del país los días que anteceden a la Semana Santa suelen ser de altas temperaturas y de mucho viento, con el inevitable y molesto polvo o terregal que se genera si nos encontramos en zonas de campo abierto.

Así llegamos a la tercera y última jornada de ese famoso festival anual, en la que se disputa la prueba estrella de la modalidad: la carrera a campo traviesa.

Como la prueba se desarrolla por grupos de edad y los kilometrajes son largos, el evento en general va terminando alrededor de las tres de la tarde, tras haber iniciado a las ocho de la mañana.

Cincuenta minutos después ya estoy en la Redacción, satisfecho por la cobertura del evento de tres días y por haber conversado con muchos conocidos del entorno que me pusieron al tanto de este deporte en el país.

De repente surge en la Redacción la necesidad de cubrir la presencia de un jugador nuevoleonés que pertenece a las Grandes Ligas de Beisbol y que está de visita en su pueblo natal, a unos 80 kilómetros de la Ciudad.

Desde luego que debe ser una muy buena noticia, solo que ni siendo así le interesa el titular de la fuente, menos a mí. Ya para entonces varios compañeros se hacen los ocupados para evitar ser enviados a tal acontecimiento.

Sin más, sin revisar la agenda del fin de semana, sin analizar las coberturas de ese día ni sus niveles de exigencia, el editor encargado del cierre me asigna este evento de beisbol, surgido apenas hace unos minutos y casi en el momento en que me acomodo en mi silla para empezar a “bajar” mi material fotográfico al sistema, para enseguida armar las tablas y luego la nota de mi evento del día.

Me opongo rotundamente a esta asignación. Pido que se cumpla con la distribución de fuentes, que se respete la agenda y que exista congruencia con la exigencia que tuvo mi jornada laboral: con sol, calor, viento, polvo, larga duración del evento y el distante desplazamiento al lugar.

El editor me hace ver que es un mandato de trabajo que, de no cumplirlo, me traerá consecuencias. Escojo correr el riesgo de una sanción y dejo en claro que no iré.

Finalmente, la misión recae en el reportero que, sin ser su fuente, había salido con la “novedad” de que el famoso beisbolista había llegado de visita a su pueblo.

Su impertinencia ya había molestado al encargado de beisbol, quien prefirió minimizar al deportista para no tener que moverse de la ciudad en domingo y ya con la puesta del sol encima.

El reportero que tuvo que realizar la cobertura regresó a la once de la noche y la nota tuvo que esperar a la próxima edición.

Al día siguiente se abordó mi caso en la junta editorial de la sección, coincidiendo la mayoría de editores en que existió un desfase del editor encargado de ese día al no poder exigir al titular de la fuente cumplir con su labor, y por no revisar la agenda para tener idea de las labores de los reporteros, pudiendo haber considerado primero a los más “frescos” para dar una justa encomienda y no caer en deshumanización al enviar un elemento que ya arrastraba diez horas de servicio en condiciones ambientales no tan agradables.

Episodio 3: Editores VS Reporteros

Siempre que hay un error, cualquiera que sea su tipo, es culpa del reportero y no del editor. Ambos grupos de periodistas viven echándose culpas y pareciera que sí existe entre ellos una real animadversión.

Por lo general, los editores mantienen la posición de exigir permanentemente a los reporteros notas de portada, muchas notas, ángulos noticiosos nuevos, declaraciones fuertes de las fuentes y fotos de “portada”, entre otros recursos periodísticos o “chiflaciones” propias.

Por el contrario, los reporteros vemos en ellos una posición de holgura, porque prefieren la oficina que andar en la calle. Vemos que pierden mucho el tiempo y que empiezan muy tarde su labor, lo que provoca que se les acumulen los contenidos en horas muy cercanas al cierre de edición y es bajo esa presión cuando caen en confusión y cometen los errores.

Entre semana los editores entran a las tres de la tarde y en fin de semana a las cinco, pero en estos días, como no hay jefes de mayor peso,

relajan esa obligatoriedad. Por lo mismo en la redacción se siente un aire de tranquilidad y hasta pareciera que el tiempo transcurre más lento.

De un tiempo a acá se ha vuelto más exigente trabajar bajo agenda. Ésta se hace los lunes, cuando cada reportero informa al editor encargado de recabarla sus actividades de la semana por venir, ya sean nuevas propuestas o seguimiento de casos, con la condición de que, en el momento de que surjan nuevos eventos, se deben agregar.

Cada reportero es responsable de sus fuentes, de las que tenemos tres o cuatro de forma fija, y apoyando a otras cuando así se requiera. El fin de semana, que es cuando más eventos se organizan en el deporte, si un reportero tiene varios eventos de sus fuentes, él se enfoca al más importante y entonces el editor, en la medida de lo posible, busca cubrirle los otros eventos.

Como reportero de ciclismo ocupó mucho tiempo en los desplazamientos, ya que por lo general las carreras de este deporte se realizan en carreteras lejanas al Área Metropolitana en el caso de la ruta, y en parajes metidos en sierras o zonas semidesérticas, en el caso del de montaña.

A eso hay que agregarle la duración de las carreras, los tiempos de los protocolos de premiación y luego el regreso a la ciudad, ya sea a casa para comer algo y echarse un baño o poder parar en algún lugar del camino a alimentarse y enseguida retomar la ruta hacia el periódico.

Uno dijera, para qué invertir tanto tiempo en un solo evento si para la edición impresa se necesitan únicamente una nota corta, una tablita de ganadores y una sola foto.

La cuestión es que la era virtual ya impone y debo llevar en el portal web del diario casi el mismo material informativo, pero con el valor agregado de una galería de fotos, que es bastante atractiva para los

lectores, inclusive para el área de Comercialización del diario, porque algunas veces las vende y a muy buen precio.

Después de ese pesado ajeteo de un domingo así, uno lleva prisa por escribir, de poner todo el material en los respectivos sistemas e irse. El problema es que cuando uno termina lo suyo no hay editor a quien rendirle cuentas, mucho menos a quién solicitarle la salida.

Entonces empiezo a optar por dejar todo mi material plenamente identificado para no crear ninguna duda, y retirarme de la redacción, no sin antes enviar esta información al editor del cierre y a los posibles de la página. Claro, ya para este momento deben ser las cinco o seis de la tarde, después de haber salido de casa a las seis o siete de la mañana para desplazarme a la sede del evento.

Así lo he estado haciendo durante varios domingos, pero ya los editores pusieron el “grito en el cielo”: que yo no me mando solo, que nos les explico el material que traigo, que no basta con que deje todo en el sistema, que’sto, que lo’tro...

Entonces, antes de que otra cosa suceda, el lunes por la mañana, temprano, me entrevisto con el subdirector del área para explicarle el caso. Por suerte siempre ha sido conciliador; entiende de inmediato mi situación.

La solución fue de lo más simple: que el fin de semana los editores entraran una hora más temprano. Hubo quejas de parte de ellos, no querían ver lo positivo, entender que tendrían la posibilidad de retirarse más temprano por la noche, al cierre de edición.

Al poco tiempo lo entendieron. Se dieron cuenta de la injusticia en la que incurrían al ser nosotros quienes debíamos esperarlos en sábado o domingo, para que ellos llegaran a la redacción con toda la calma del

mundo, con todo el tiempo para saludarse, encender su equipo, seguir atendiendo asuntos personales y que fuera hasta las siete u ocho de la tarde-noche para empezar a preguntar por el material de los reporteros, cuando existe una agenda que marca los tiempos y en ocasiones las formas.

La instrucción del subdirector, de pedir a los editores entrar una hora más temprano, me trajo una nueva sensación de trato digno y de respeto por el reportero; valores humanos por los que el periódico siempre pelea en favor de la sociedad.

Episodio 4: Teletrabajo ante Bloqueos

Son los años en los que la delincuencia está desatada, 2010-2012. Quién sabe de dónde viene la orden, pero ahora nos exigen a los reporteros que, antes de iniciar nuestra rutina, debemos checar la entrada al periódico y lo mismo la salida.

Eso implica que todos los que residimos lejos de la empresa debemos trasladarnos a la sede, así sea solo para checar y salir por alguna cita con fuente o por cualquier otra actividad del cargo, y que, a la salida, sin importar en qué punto de la ciudad nos encontremos, igual debemos pasar al checador.

Los editores también la están pagando, porque ahora todos están entrando a las diez de la mañana, cuando lo hacían a las tres de la tarde. Ha sido un cambio drástico, porque a nosotros tampoco nos permiten enviar el material desde donde estemos, sino que debemos ir a trabajar a la redacción.

Algunas veces hemos hecho lo que ahora nos están limitando, puesto que si andamos por el rumbo de nuestra casa debe haber la sensatez de

que no tengas que trasladarte de más y sobre todo cuando el tiempo apremia, como en mi caso, que me ha tocado ir al aeropuerto por algo y ya noche, y que pido enviar la información desde casa, puesto que vivo más cerca del puerto aéreo que del periódico.

Como ha sucedido cuando la empresa aprieta con limitantes administrativas, y como sucede en cualquier institución, aquí todos se quejan, pero nadie habla.

No lo entiendo, si como reporteros muchas veces tenemos que tratar con personas difíciles, manejar situaciones delicadas, hablar duro con fuentes “fieras” o con políticos provocadores, y cuando hasta en la misma redacción defendemos posturas ante ángulos noticiosos que creemos que no son o no fueron los convenientes, ahora todos deciden callar.

Ya establecida la nueva regla no queda más que cumplirla. El tiempo podrá darnos la razón. Finalmente somos nosotros quienes llevamos a la redacción la materia prima, que es la información, y si esta se retrasa o se complica por estas nuevas disposiciones no será culpa nuestra.

Hay casos de compañeros que no han llegado a tiempo por bloqueos de cruceros promovidos por narcobandas o por tener que resguardarse ante nutridas balaceras suscitadas en la vía pública.

Un sábado en la noche, cubriendo un evento que iba retrasándose, me busca el editor pidiéndome que me dé prisa por la necesidad del cierre de edición. Salgo volado del evento y manejando rápido, pero me encuentro con un bloqueo en un crucero.

Como pueden, muchos automovilistas buscan salir del lugar, los que muchas veces se tornan peligrosos porque los delincuentes quitan e incendian vehículos. Rápido comunico el obstáculo al editor. Me pide que me cuide, pero que me sigue esperando con la información.

Busco otra vía: igual. Hay caos en ese sector. En una de esas, lo que me faltaba: percance automovilístico. ¡Me pegaron! Bajo de mi auto a revisar: golpe en una polvera y el carro que me pegó a mí y a otro vehículo, en veloz huida.

Ni para que alego, menos hablar a Tránsito. En estos tiempos no sabemos con quién pudiéramos meternos. Retomo mi desplazamiento, pero no puedo avanzar, ya que el bloqueo impacta más vialidades.

Elijo ir a casa y trabajar ahí. Con madurez y sin reproche alguno por no haber ido a la redacción, el editor entiende mi situación y recibe mi trabajo que, aunque tarde, todavía es manejable en tiempo y forma.

Muchas veces las empresas periodísticas implantan procesos que repercuten en la cadena de producción de la información, sin tener en cuenta los imponderables de la reportería.

Establecen lineamientos sin sentido, coartando los escasos márgenes de tiempo que tiene a su favor el reportero y que le representan una oportunidad de quietud en un oficio por demás atosigado.

CONCLUSIÓN

Igual que sucede en cualquier otro oficio o profesión, en la vida del reportero se dan circunstancias despiadadas, ya sean surgidas en el mismo centro de trabajo o del entorno de un evento o cobertura periodística.

Mis vivencias aquí plasmadas pueden paliar por mucho y comprender mejor la realidad social del reportero, muy distinta a la de editor o jefe de una sección de medio impreso, siempre que estos, en un gesto de reconocimiento o sencillez, así lo acepten.

Las acciones aquí narradas pueden ser consideradas por esos jefes con el fin de eficientizar, en fondo y forma, la labor del reportero y evitándole así un innecesario desgaste físico y mental, e incomodidades en el trato de la gestión de labores.

El Positivismo tiene en cuenta a la experiencia como singular forma del conocimiento, pues hagamos caso a ella. Las vivencias de los reporteros y sus actitudes realistas ante el trabajo deben representar una oportunidad de mejora en muchos entornos de un medio.

Estos episodios de reportero narran problemas de diferente naturaleza a los que encontré soluciones éticamente prácticas y sensibles, más humanistas, más lógicas, de mejor sentido.

Con lo aquí expuesto queda claro que lo que importa a una Redacción es tener la nota, sin hacer hincapié en las posibles peripecias que haya tenido que sortear el reportero para poder obtenerla, porque finalmente, como me tocó escuchar a jefes de menor rango, es periodista y para eso se le paga.

Son tantas las vivencias que tiene el reportero en el desarrollo de su quehacer, pero esas no van en la nota, salvo que impacten de forma lastimosa al desempeño de su función u obstaculice el flujo de la información.

Como vemos, mucho antes de enfrentar a sus fuentes o cubrir sus eventos, el reportero encara problemáticas surgidas en su propia sala de redacción y que algunas veces terminan repercutiendo en su trabajo.

Por el momento, cotejar o complementar este estudio, en su concepto de autoetnografía de un reportero, con otros, es difícil porque se carece de trabajos similares y porque, hasta estos tiempos, es complejo que en

un reportero de deportes que sea de tiempo completo y de un medio de gran reputación, pueda siquiera estudiar una maestría.

Quizá en la medida que más reporteros, vigentes o que lo hayan sido, se incorporen a estudios de posgrado y que conozcan este género de investigación, la autoetnografía, podamos tener más y mejores artículos científicos, y por qué no, que vayan mucho más allá de la sensibilización.

Sin embargo, este estudio deja abierta la posibilidad para abordar o compartir experiencias con otras líneas de acción que tienen que ver con la labor periodística como los códigos de conducta, manuales de ética, decálogos, normativas, recomendaciones y hasta la legislación laboral.

Por lo demás, la práctica reporteril sigue siendo una actividad sumamente enriquecedora en muchos sentidos. El reportero de deportes, como cualquier otro, es capaz de hacer mucho más de lo que le corresponde ver, pero debe enfocarse a su campo, para el que apenas le dan un espacio.

REFERENCIAS

- Apud, P. I. E. (2013). Repensar el método etnográfico. Hacia una etnografía multitécnica, reflexiva y abierta al diálogo interdisciplinario. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (16). <https://www.redalyc.org/pdf/814/81427459010.pdf>
- Batthyany, K., & Cabrera, M. (Coords, 2011). *Metodología de la investigación en Ciencias Sociales*. Departamento de Publicaciones. Unidad de Comunicación de la Universidad de la República. www.universidadur.edu.uy/bibliotecas/dpto_publicaciones.htm

- Blanco, M. (2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. Andamios. *Revista de Investigación Social*, 9(19). <https://www.redalyc.org/pdf/628/62824428004.pdf>
- Bolívar, A., & Domingo, J. (Septiembre, 2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual. *Forum: Qualitative Social Research* 7(4). <http://jbposgrado.org/icuali/La%20investigacion%20biografica%20y%20narrativa%20en%20iberoamerica%20%20%20.pdf>
- Boragnio, A. (2016). Auto-etnografía, entre la experiencia y el problema de investigación. *Revista Conjeturas Sociológicas*. 9(4). <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/7205>
- Bruner, J. (1996). *Realidad mental y mundos posibles*. Gedisa. http://libroesoterico.com/biblioteca/Proyeccion_Astral/Bruner%20Jerome%20-%20Realidad-Mental-y-Mundos-Posibles.pdf
- Caamaño, C. (2012). La narrativa en la enseñanza [Conferencia]. 8ª Jornadas de Educación, Montevideo, Uruguay. <https://www.camaradellibro.com.uy/wp-content/uploads/2012/03/ART%C3%8DCULO-Y-CONFERENCIA-LA-NARRACI%C3%93N-Y-LA-EDUCACI%C3%93N.pdf>
- Denzin, N. (2017). Autoetnografía Interpretativa. *Investigación Cualitativa*, 2(1). doi: [10.23935/2016/01036](https://doi.org/10.23935/2016/01036)
- Ellis, C., Adams, T. E., & Bochner, A. P. (2015). Autoetnografía: un panorama. *Astrolabio. Nueva Época*, (14). <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/11626>

- Garbero, V. (2015). Desconstruyendo jerarquías. Reflexiones autoetnográficas sobre un trabajo de campo en barrios aledaños al ex Centro Clandestino de Detención Tortura y Exterminio de Campo La Ribera (Córdoba, Argentina). *Forum: Qualitative Social Research*, 16(3). <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/70906>
- Hernández-Sampieri, R., Fernández, C. C., & Baptista, L. P. (2014). *Metodología de la investigación*. McGraw Hill.
- Martos-García, D., & Devís-Devís, J. (2017). “Ver, oír, callar y... Aburrirse” en el trabajo de campo de una prisión: Un relato autoetnográfico. *Movimiento*, 23(1). https://www.redalyc.org/pdf/1153/Resumenes/Resumen_115350608005_1.pdf
- Samuel-Lajeunesse, J. F. (2007). Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía. *Athenea Digital*, (12). <https://ddd.uab.cat/pub/athdig/15788946n12/15788946n12p262.pdf>